

Santander 18 de febrero de 1911

DOMINIO
DE LA
REPUBLICA
DE SANTANDER

Número 162



Publicación Semanal Ilustrada

Precio del número: 15 céntimos

HIERROS Y ACEROS laminados en todas las formas y dimensiones
TUBERÍAS de todas clases. — MADERAS DE FRANCIA
ACEROS y herramientas especiales para MINAS
CHAPAS negras y galvanizadas, lisas y onduladas

Grandes existencias en los almacenes de

PEREDA Y LASTRA

Plazuela del Príncipe, número 1

SUCURSAL EN BÓO (ASTILLERO-GUARNIZO). TELÉFONO NÚMEROS 236 Y 1.513

ACADEMIA MINERVA

Colosía, 1. — SANTANDER

Bachillerato.—Comercio oficial y práctico.—Academias militares y de la Armada.—Ingenieros industriales.—Ayudantes de Obras públicas, Montes y Minas.—Topógrafos.—Estadística.—Aduanas.—Correos.—Telégrafos.—Tabacalera.—Banco de España, etc.

Este Centro de enseñanza cuenta con un numeroso personal docente con títulos académicos y profesionales.

Pídanse Reglamentos en la Secretaría

NOVELAS

DE

REVISTA CÁNTABRA

En el número correspondiente al día 25 de febrero aparecerá

El amor de Carnaval

Y

El Carnaval del amor

novela escrita por FRANCISCO ARPIDE y JOSÉ MONTERO.

Precio de este número: 20 céntimos

Revista



Cántabra

SUSCRIPCIÓN: En Santander 1,50 ptas. trimestre
 En el resto de España 2 » »
 En el extranjero 3 » »

Redacción y Administración: Santa Clara, 8 y 10, pral.
 Toda la correspondencia al Director.—No se devuelven los originales.

CONCERTADO EL IMPUESTO DEL TIMBRE SOBRE ANUNCIOS

LA SEMILLA DE LA RISA

No tardarán en circular por esas calles las vistosas y sonoras estudiantinas, la única nota culta y simpática que suele proporcionarnos el Carnaval. Estas orquestas que van de unos á otros pueblos á dar serenatas y á estrechar los consabidos lazos, tienen su rancho abolengo, recuerdan los tiempos aquellos de los estudiantes revoltosos y andariegos, los de la cuchara de sopista; los que se ocupaban más que en sus estudios, en aventuras ruidosas de amores y pependencias, en las que la alegría y la intrepidez de la juventud se desbordaban. Salamanca parece que tiene cierto derecho á ser considerada como la madre de estas agrupaciones de estudiantes jaraneros, llenos de entusiasmo y de gozo, ansiosos de extender por todas partes el ruido de sus canciones, de sus guitarras y de sus panderos.

Lo que vemos, de estas estudiantinas, es, sí, lo más artístico y lo más agradable; pero es también interesante y divertido lo que no vemos. ¡Con qué trabajos se forman esas orquestas, en las cuales siempre hay un entusiasta decidido que procura conservar el fuego sagrado de la afición entre los instrumentistas! La mayoría de éstos, cuando se crea una estudiantina, andan bastante atrasadillos en el dominio de la música. Siempre hay violinistas torpes, flautistas indolentes é inoportunos, que dan las notas á destiempo; bandurristas haraganes; guitarristas que no saben apoyar los dedos sobre los mástiles. Al principio se advierte cierta asiduidad entre los jóvenes que componen la Sociedad carnavalesca. Se habla mucho de las futuras excursiones, de ir lejos, muy lejos, de recoger miles y miles de pesetas en el viaje triun-

fal, y de volver con superávit, para distribuirlo equitativamente. Pero luego se inicia el cansancio, ante la necesidad de aumentar el repertorio, para que haya mucho que tocar en los salones. Apenas deja un socio de ir, surgen esas dolencias que impiden tocar la bandurria y no quitan de correr una juerguecita, de asistir á los bailes y de pasarse en el café tardes enteras. Se piensa en lo lejos que está el Carnaval y se cree conveniente dejar los ensayos para luego. El director, el maestro, el que enseña y dirige, se pudre y se repudre. Varias veces se incomoda, dimite, anuncia que se irá á su casa, y advierte que si no se estudian las piezas, será un fracaso la excursión proyectada. Si á este espíritu entusiasta le flaquean los bríos, la estudiantina se disuelve, y cada instrumentista se va por su lado. Si hay correa para aguantar, los jóvenes van volviendo al redil, y reanudan los ensayos, después de oír las consideraciones y las súplicas del director, que no quiere, de ninguna manera, perdonar aquella ocasión de manejar en público la batuta.

¿Sabéis vosotros, los que no habéis tenido el honor de pertenecer en vuestra mocedad á una estudiantina, los disgustos que acarrea el nombramiento del «abanderado»? Para llevar la gloriosa enseña, delicadamente bordada por algunas amigas de los socios, se requieren condiciones físicas especiales: esbeltez, gallardía, aire marcial, una presencia noble y arrogante. La envidia surge; quién más, quién menos, todos se consideran con aptitudes para hacer este papel importantísimo; para gallardear por las calles de los pueblos que se visiten, llevando el compás con movimientos airosos y elegantes. Por último, se elige al mejor mozo; al que sirva mejor para el caso; y no falta quien se separa de la estudiantina sólo porque ha visto frustradas

sus aspiraciones. A veces, el que se retira es un jiboso.

¿Y qué me diréis del cajero de la estudiantina? Él tiene que hacer todos los pagos, en los gastos de carácter colectivo; pero también tiene perfecto derecho á que le entreguen todos sus ingresos los postulantes. ¡Y qué combinaciones se suelen traer algunos de éstos para sacar alguna pesetilla de plus, destinada á los gastillos del momento! El resultado siempre es fatal. Siempre escasea el dinero; siempre se ha gastado mucho, y siempre hay necesidad de poner á casa el telegrama ineludible: «Remitan fondos». Y menos mal si no llega un estancamiento irresoluble, por efecto de la mala administración ó por la tacañería de los públicos. Entonces, la estudiantina prolonga su permanencia en algún pueblo, con el pretexto de que hay que atender á todos los obsequios, y lo que pasa es que no hay para el viaje de vuelta. Y aquí de «la velada». Mas suele ocurrir que la noche de la fiesta diluvia y al teatro no va nadie. Los estudiantes, incluso el que imita á Frégoli, y que no puede faltar en ninguna estudiantina, ejecutan primorosamente su programa tiritando de frío, en la sala húmeda y vacía. ¡Qué grave problema se les presenta á los pobres chicos! Cada cual propone una solución, pero todas son irrealizables. Por fortuna, nunca falta quien ayude, para efectuar el retorno, entre otras razones porque treinta ó cuarenta estudiantes jóvenes, desocupados y vestidos de terciopelo, con golos y zapatos de charol, pueden ocasionar grandes trastornos entre las bellezas casaderas de cualquier pueblo tranquilo. Los estudiantes vuelven al seno de su ciudad natal hartos de tantos contratiempos, con el firme propósito de no repetir la suerte. ¡Ah! Pero qué horas tan deliciosas pasarán luego en el café, en las tertulias, recordando minuciosamente los apuros, los incidentes, los episodios todos de la excursión. ¿Qué importa que retornen sin un céntimo, si llevan risa para todo el año? El hombre se ofende cuando alguien le pone en ridículo, pero la verdad es que nada nos divierte tanto como ver el lado cómico de nuestras propias cosas.

Por esto, cuando vemos pasar las estudiantinas, manchados de lodo los zapatos de charol, arrugados los vestidos, pálidos y des-

compuestos por la fatiga los semblantes, con las señales del cansancio, y con la primera gana de entrar en estrechas relaciones con Morfeo, envidiamos, sí, á los jóvenes intrépidos, que se lanzan por los pueblos, por las vías férreas ó por las carreteras, en busca de pintorescas aventuras. Les envidiamos, porque ellos pasarán sus malos ratos, mezclados con algunas gratas horas, pero todas sus contrariedades serán celebradas entre bromas algún día. Ved á los jóvenes de las estudiantinas hartándose de cosechar aplausos, y, sobre todo, para los días consagrados al recuerdo, francas y ruidosas carcajadas. Es esta juventud errante y aventurera la que mejor sabrá reirse de sí misma, alto placer de los que aprecian bien la pícara existencia, en la que tantas veces lo triste y lamentable pára en festivo y en jocoso...

Fernando Segura



LA ACTUALIDAD

ERRORES DE COSTA

Esa gran inteligencia tuvo sus momentos de eclipse.

Porque predicen y apuntan los eclipses del sol no dejan de admirar los astrónomos al astro rey. El que no admira es el que lanza ó repite los ditirambos inconscientes. En nosotros, el elogio ó la censura son hijos de la reflexión, del maduro examen; tienen un valor real, y, como hijos del sacrificio, tienen amor, sobre todo. También nosotros admiramos lo que Costa tuvo de verdaderamente admirable. Pero no siempre vió claro el solitario de Graus, ni fueron siempre oportunos sus rugidos de león ni siempre acertados sus trenos apocalípticos.

¡Paz y honor para sus restos aún tibios, loanzas para su portentosa ciencia y para sus preclaras virtudes!

Pero hay algo de él que pertenece á la Historia del pensamiento humano y que la Historia analizará serena é imparcialmente algún día. Anticipémonos á la Historia, examinemos el valor de sus ideas; comencemos la crítica de su obra, y de admirar, admiremos, con motivo, racionalmente; y de censurar, censuremos con-

causa. Esta justicia se le debe á él y á todos los sembradores de ideas, por ellos y por nuestras almas que á la postre, son el campo en que ha de caer esa semilla.

De labios del austero filósofo recogí parte de esas teorías tuyas que andan esparcidas por ahí en folletos y libros. Dos meses de convivencia en el mismo hospedaje dieron de sí lo bastante para oírle yo explicar al sabio las líneas generales de su pensamiento. Acaso este sea un inconveniente para la crítica imparcial y serena, ya que Costa, leído, no era tan peligroso, tan sugestionador como el Costa que hablaba y arrebatava con su palabra impetuosa, cálida, musical, de una elocuencia pocas veces superada. Así le oí yo por espacio de dos meses; y si como artista me duele cerrar los oídos á aquellas divinas canciones de sirena del mar del pensamiento, como crítico, ese es un sacrificio que me impongo y cumpla resignado. Por eso dije que nuestra censura ó nuestro elogio son hijos del sacrificio, esto es, del amor.

Tornando á su manera de expresarse diré que muchas veces ella hacía que se olvidase el fondo del pensamiento con la fascinación del ropaje regio y pomposo en que lo envolvía. Rodaba con frecuencia de sus labios la frase-síntesis, breve y escueta como una interjección, rodaba el formidable apóstrofe de dos palabras y caía de sus labios con la velocidad y el ímpetu arrasadores de una roca desprendida de las cumbres del Pireneo. Y así caía en los valles adormidos y silentes de las distraídas muchedumbres.

Costa era un sugestionador de muchedumbres. Sergi pudo haberle incluído en el catálogo de los grandes sugestionadores y haberle dedicado unas páginas sabias. Pero era Costa demasiado artista, demasiado impresionable para ser un gran filósofo. Le faltó ecuanimidad, fría serenidad de escalpelo, ya que el escalpelo suyo dejaba de serlo con frecuencia para trocarse en péñola de poeta caprichoso y arrebatado. Ahondemos con sinceridad, con ruda franqueza y analicemos la semilla del gran sugestionador. Si él viviera, sería el primero en aplaudirnos esta franqueza ruda que tanto elogió siempre y que constituía el fondo de su carácter invertebrado.

Alma de niño, alma que se daba toda entera á todas las impresiones del momento, á todos los cambiantes de la luz, á todos los matices de las sombras, sin esperar á que las impresiones y las sombras y la luz adquiriesen cuerpo definitivo y

substantial para analizarlas entonces, para no confundir la entraña con lo fugaz, lo accidental y lo episódico. Y otras veces alma forrada de negros pesimismos producidos acaso por aquel desgajamiento constante y doloroso de su corteza corpórea.

—Yo ya no soy más que una ruina fisiológica —nos decía una vez de sobremesa, respondiendo á no sé qué piropo de uno de los comensales.

En gran parte, pesimismos fisiológicos los suyos, bien disculpables, por cierto, pero no hasta el punto de justificar—filosóficamente—su ambliopía mental. Costa, con sus anatemas, con sus pesimismos, con sus aseveraciones fatales y estupendas hubiera sido capaz de amedrentar, de aniquilar á otra nación que España no fuese, que no tuviera, como España, un infinito caudal de energías y de vigores inextinguibles. Él negó esas energías á España. Él la dió por muerta. Él la quitó—pudo haberla quitado—toda esperanza en la posibilidad de una redención, de un encumbramiento. Él dijo: «No hay España».

¡Y en qué momentos lo rugió el gran hombre! Cuando la pobre España, muy débil de alma y de cuerpo por la sangre y las lágrimas vertidas, se disponía á levantarse y á curarse y á luchar y á vivir y á reconquistar lo perdido..... ¿Me diréis que fué oportuno el maestro al arrojar sobre la débil y esperanzada convaleciente ese puñado de negros pesimismos y *de profundis* aplastantes?

¿Qué? ¿No hubiera sido más propio entonces un himno de resonancias magníficas, despertador y alentador, uno de esos himnos á cuyas notas finales hasta los Lázaros que duermen un sueño de muerte y de podredumbre se levantan de la tumba y andan?

Pudo Costa haber cantado ese himno, pero eran demasiado amargas las bilis que á veces segregaba el hígado suyo. Por eso fueron tan breves sus momentos de apoteosis popular. El mundo, la admiración de las muchedumbres nunca será de los pesimistas. El triunfo final tampoco será de ellos. Les falta la fe en sí mismos y no pueden infundirla á los demás. Este pesimismo nubla su juicio. Así pudo Costa creer que el vagido de un pueblo que renacía era el estertor de un pueblo que agonizaba. Por la misma causa su carácter, su inteligencia, tan portentosos, no tuvieron esa ductibilidad y flexibilidad de que ha menester el pensador para no caer en extremos igualmente censurables. Confundió por eso, con

dolencias incurables las enfermedades pasajeras; creyó un estado hecho, definitivo lo que sólo era un momento de tanteo, de incertidumbre, de duda, de abatimiento, propio de toda época de transición como la que España atravesaba entonces y aun hoy atraviesa. Su mismo espíritu ¿no padeció también esos desalientos, esas incertidumbres, esa dsorientación dolorosa? Sí. Por eso unas veces lo esperaba todo de una democracia rural, y otras, toda su esperanza la ponía en las ciudades; por eso se le ve, si no desertar, por lo menos ocultarse y avergonzarse de su partido porque algunos de los que le componían incurrieron en miserias y flaquezas humanas; por eso llega á creer fatalmente malo todo lo nuestro, todo lo español y no se fija en esa lepra, en esa llaga que corroe el cuerpo de las restantes naciones europeas:—el materialismo, el positivismo grosero y bárbaro que produce el hombre-número, el hombre-cálculo, el hombre-máquina, el autómatas repulsivo.

De aquí se deducen dos pecados cometidos por Costa. Primero: no vió claro al ahondar en el pueblo español; le creyó muerto y vive. Hoy precisamente—y así lo reconocen sabios pensadores—sus pulsaciones acusan en él una vida intensa, se ha renovado su sangre; se dirige hacia lo porvenir, seguro en sus propias fuerzas y en su triunfo.

Segundo: ya que no vió claro; ya que fué tan negro lo que vió, ya que creyó, sinceramente, que para España no había salvación ni remedio... ¡esas cosas no se le dicen al moribundo, aun siendo ciertas! Al moribundo se le dan ánimos siempre. Y es uno de los pocos casos en que están disculpadas las piadosas mentiras.

A otra cosa, porque hemos de condensar en ocho cuartillas lo que habría menester de un libro.

¿Por qué cerrar «con doble vuelta de llave el sepulcro del Cid?» España no hará caso en esto al solitario de Graus; España no dará esa doble vuelta á la llave famosa; hará todo lo contrario; abrirá de par en par esa tumba en que reposan las cenizas del Cid, porque allí, entre ellas, anidan las virtudes y las glorias de la raza. Y no fué el seguir las andanzas y huellas del Cid, precisamente, lo que trajo á España á lastimoso estado, sino el apartarse de ellas. España volverá algún día, en peregrinación piadosa, á arrodillarse en torno de esa tumba; y nuestros labios, purificados por el dolor, y nuestras almas en-

grandecidas por el infortunio serán dignas de cantar entonces, ante una aurora que ya alborea, las estrofas gloriosas del Romancero.

Lo que España encerrará con doble llave en la tumba del olvido es esa palabra *europización*, que suena mal en nuestros oídos castellanos y peor en nuestras almas españolas. Españoles, muy españoles siempre; que nuestro mal no está en serlo sino en no saberlo ser. El genio y las virtudes de nuestra raza, sus aptitudes inmensas, su fuerza, su vitalidad, su grandeza fueron considerados siempre como únicos por grandes pensadores mundiales, y así lo proclamó cien veces, de manera épica, el libro de la Historia. ¿Por qué renunciar entonces á todo eso que ya es nuestro, que está—por lo menos en germen y en herencia—dentro de nosotros, y luchar por adquirir, en vez de eso, algo que ni es tan grande ni podría adaptarse nunca á la personalidad nuestra y al genio de nuestra raza? Fecundemos esos gérmenes, desarrollemos esa herencia, y seamos grandes, pero con grandeza española; que si de grandeza buscamos ejemplos no necesitaremos salir de casa para encontrarlos tales que causen la envidia y la admiración de Europa entera.

Y Costa menos que nadie, él que era aragonés, pudo creer que hay un pueblo en el mundo como el pueblo de Aragón, corazón de España...

¿Estuvo en lo cierto el coloso, fué oportuno al lanzar á la circulación sus ansias de *europización*? Era esto en los días en que una porción de petulantes hueros dió en la flor de hullar malo, detestable, pésimo todo lo que á español olierá. Todo lo de aquí era minúsculo, risible: nuestras artes, nuestra ciencia, nuestras industrias, hasta nuestra capacidad... todo. Y tanto nos lo dijeron y repitieron y aseguraron que no sé cómo en aquel momento no murió de verdad España, desalentada y hundida bajo las aseveraciones de los falsos profetas.....

Claro que vió Costa—¿quién no los ve?—algunos organismos muertos, podridos dentro del cuerpo social; pero esos organismos vergonzosos no son España, toda España, á la que Costa daba por muerta.

Vió claro, estuvo dentro de la realidad, cuando anatematizó de insuperable modo, de colosal manera, la vida *oficial* de España; pasarán á la posteridad sus flamígeras catilinas contra los gobernantes y caciques, vivirá también vida imperecedera «el sentido de la política suya: sen-

tido realista, de la tierra, del árbol, del camino y del agua, en contraposición al sentido abstracto, doctrinario de Reales órdenes y Gaceta.»

Estas ideas y otras muchas de Costa, así como el recuerdo suyo, vivirán, encontrarán siempre un rincón de amorosa simpatía en nuestros corazones, y nos acordaremos de todo eso para luchar como él por la extirpación de los males que á España aquejan. Pero lucharemos rebosantes de esperanzas, que no extinguen sino que aumentan las energías; lucharemos seguros de que España vive y vivirá en los más remotos tiempos.

Sí; vivirá. Primero, para cumplir en los futuros siglos destinos tan brillantes que no palidecerán de los que realizó en los siglos pasados; y después vivirá aunque no sea más que para esto: para pagar á Costa la deuda de gratitud á que se hizo acreedor por su ciencia, por sus amores, por sus sacrificios.

Y saltarán de placer los huesos del sabio cuando dentro de muchos siglos oiga que la España que él creyó muerta va á cantar algunas estrofas del Romancero junto á una tumba que se alza en las cumbres del Moncayo.

Ignacio Zaldívar Oliver.

Madrid-febrero.

El semblante puede fingir la indiferencia sobre todas las cosas. Pero al corazón no le es jamás una sola cosa siquiera indiferente.

CUADROS CASTELLANOS

EL PÁRAMO

Hacia ya más de dos horas que los velos de sombra de la noche otoñal, serena y magnífica, fueron ascendiendo desde los valles, ganando las cuestas, extendiéndose por la llanura sin término de la alta meseta inmensa. Con la noche, primero en rachas ténues, luego como en un soplo seguido é inclemente, vínose también sobre el pedregoso campo desolado, rastros adelante, el hálito frío de la escarcha. A veces, la brisa helada se cernía por entre la fronda del pinar lejano, á través también de los brotes montesinos de las cuestas áridas, salpicadas de enebros débiles, de carrascas raquílicas, de robles puntisecos, de tobas y tomillos medio muertos por la polvareda caliza de las canteras y el camino vecinos, y, entonces, al cernirse rápida, arrancaba de aquella vegetación, en el silencio de la noche, un susurro largo que se perdía tristemente por el llano. Otras, en una onda sonora que llegaba en alas del airecillo frío y penetrante, ascendía desde lo profundo del valle, de hacia Tudela, el cántico rumoroso de las aguas del Duero al despeñarse por la presa de una haceña en descanso; pero sólo un instante zumbaba en los aires el rumor sordo: luego, desecha la misteriosa fuerza que fué su portadora, languidecía y se amorti-



SONETOS

Á una dama, llamada CONCHA

Concha sóis, que en el mar de la hermosura
los Genios del Amor guardan avaros;
y vos guardáis la de cambiantes raros
perla oriental de mágica blancura.

Sóis torre de marfil, en cuya altura
de vuestros ojos los radiantes faros
á quien tiene la dicha de miraros
muestran la luz entre la noche oscura.

Es la perla vuestra alma; rumbo cierto
la luz de vuestros ojos; pero al verla
medita el corazón, Náuta inexperto,

si debe rehuirla ó atenderla
¡si ha de bogar, para alcanzar el puerto,
ó naufragar para lograr la perla!

*
* *

Á una dama de ojos azules

Llamas azules, que derriten hielos,
soles que tornan flores los abrojos,
son, Adriana, tus ojos, y despojos
de su mágico azul el de los cielos.

Pues si es color azul color de celos
y son los celos manantial de enojos
¿porqué se sienten, al mirar tus ojos,
en tal de enojos, dichas y consuelos?

¿Será que el alma que los mira, sueña
que, siendo celos del Amor afanes,
la que celos declara, no desdeña?

¿Será que celos con amores sanes,
ó que al ser prisionero de tal dueña
bendice el prisionero sus guardianes?

Ramón de Solano

guaba, vencido por el otro del aliento de la brisa nocturna al resbalar entre las pajas cercenadas de la triste rastrojera sin término. Otras, turbaba todos aquellos rumores de la Naturaleza, resonando en una de sus más augustas y solemnes calmas, el silbido potente de un tren que traqueteaba allá á lo lejos por el camino de Ariza. Pero también aquella interrupción de los silencios soberanos del inmenso campo duraba muy poco: el solitario páramo tornaba á la quietud imponente de la noche otoñal, en su serenidad magnífica, bajo miriadas de estrellas rutilantes que tachonaban un cielo altísimo, limpio de brumas, del que parecía como si descendiera lentamente sobre la tierra el escalofrío intenso de la escarcha...

* * *

En reducido espacio, encuadrado por las vallas de palitroques de las teleras, dormitaban, echadas y apretujadas las unas contra las otras, las medrosas ovejas de un rebaño, al borde de las tierras, no más lejos de treinta brazas del camino carretero, señalado por una línea blanca y polvorosa, recta y dura, perdida en las sombras en que se obscurecían los horizontes de la llanura paniega. En el pequeño aprisco, la figura negra y borrosa del pastor, envuelto en su manta, tendido sobre el hato miserable, proyectaba como una mancha informe en la masa blanquecina del rebaño, visible á la luz de los luceros desde el camino. Dos cuzquejos vigilantes, cada uno con un cascabel de oscuro tintineo, salían á veces de la telera, husmeaban, cara al aire, levantando el hociquillo agudo, como si ventearan algo por la cañada; llegaban á la linde del rastrojo y lanzaban, desde allí, dos ó tres ladridos agudos, chillones, alarmantes, cuya voz se perdía sin eco en el silencio y la soledad de la llanura: tal vez el oído privilegiado de los inteligentes animales había percibido en las ráfagas nocturnas algún rumor de vida. Entonces se notaba dentro de las teleras un ligero estremecimiento como de intranquilidad; las ovejas levantaban la cabeza; alguna se alzaba de entre las otras; el pastor, carraspeando, se incorporaba un punto, hasta sentarse, se pasaba el dorso de la diestra rugosa por los párpados, escrutaba el campo, las sendas, la cañada, el camino, tendiendo por todo ello, á través de la obscuridad, su poderosa vista de alimaña, su vista penetradora de las tinieblas; luego, inclinando un poco la cabeza, escuchaba; por fin, dando un silbido, llamaba á los perrillos

al hato, volvía á carraspear, volvía á arrebuajarse en la vieja manta, volvía á tenderse al calor de los cuerpos de los animales entre la masa blanquecina del rebaño.

Así iba transcurriendo lenta la noche otoñal, magníficamente silenciosa y serena, en el páramo inmenso, bajo un cielo altísimo tachonado de miriadas de estrellas rutilantes, mientras volaba por los tristes rastros el hálito frío y penetrante de la escarcha...

* * *

Cuando estaba ya cercana la llegada del alba, se alzó el pastor. Primero miró hacia Oriente; consultó luego largo rato las constelaciones, para juzgar por su carrera lo que podría tardar la aurora; estiró, después, los brazos; desentumeció los miembros de su recio cuerpo adormecido; se envolvió totalmente en la áspera manta; echó sobre los ojos el ala del sombrero informe y dió algunos pasos fuera del deleznable recinto del redil. Los dos perrillos se levantaron diligentes también, siguiéndole, sacudiéndose, haciendo tintinear sus cascabeles en el silencio del dormido campo. Poco después, desaparecía del cielo la faja luminosa del *Camino de Santiago*; parpadeaban, obscureciéndose, los luceros; quedaba sola, por último, refulgente como una ascuilla de oro, la estrella de la mañana, la que alumbraba en los cielos al sacar los rebaños con el alba y al recogerlos cuando muere á la tarde la lumbre del sol por el Poniente, y á poco se alzaba de la tierra como un vapor, como una nubecilla difusa que iba emergiendo lentamente del confín del llano.

Aquel vapor, aquella nubecilla, que en el claro-oscuro de la noche tal parecía, se ensanchaba por instantes haciéndose más visible, y por instantes se empezaba á distinguir la cañada y el camino y los rastros y las lindes y hasta los pedruscos y las biznagas y matojos de grama de cerca de las teleras donde enredó el rebaño aquella noche. La luz de la nueva aurora se filtraba por todas partes en el aire. Amanecía...

* * *

El solitario habitador del páramo, arrebuajado todavía en su manta, del color pardo rojizo de los sarmientos después de la vendimia, volvió hacia el hato y requirió la cayada y el zurrón, llevándolos al pié de un cardo al barbecho reciente, lindero de la cañada, desde donde había de empezar el pastoreo en el sol de aquel día.

Después, con lento paso, dejando á su espalda y todavía enredilado el rebaño, atravesó los surcos, salió á la linde, por ella á la senda, por la senda á la cañada y de ella al camino carretero, blanco y duro, que atravesaba totalmente la llanura de pequeños eriales y de enormes extensiones de rastros y barbecheras. Unos cuantos pasos, y su silueta, de confusas líneas, su obscuro bulto, se destacaba, á la vaga claridad del amanecer, en el borde de las tierras paniegas, sobre los raspaderos de las cuestas que descenden, áridas, al valle del Duero. Desde abajo, hubiera podido semejar su extraña aparición la de un enorme buitre, de pardo plumaje, con la descarnada cabeza escondida en la revuelta pelambreira del ancho cuello. Y allá en lo alto de aquel miradero sublime, contempló como embebido el rústico nómada el despertar del día.

La franja bruñida de las aguas del río brillaba de cuando en cuando por entre las arboledas de los sotos, sobre cuyos ramajes se veía flotar detenida la bruma vaporosa de la mañana. Así mismo, una nube blancuzca, cubriendo el crecido caserío, terroso y desigual, de la cercana villa, denotaba la atmósfera envolvente de los humanos apriscos, formada por la combustión de miles de pulmones y cientos de hogares que arrebataron la pureza del oxígeno á los aires. Una chopera sin fin, cuyas copas temblonas amarilleaban á lo lejos, marcaba por las vegas adelante la línea de un canal trazado por los hombres. Los viñedos, desparramados en la llanura baja, tendidos por las cuestas, asomando en las umbrías y en los oteros, marcaban extensísimas manchas verdinegras en la tierra amarillenta del gran valle, sembrado también, acá y allá, de huertas y alfalfares, cuyos verdes, con los de las masas de pinares del hondo llano, de fuertes tonalidades, eran las únicas notas de color definido que podían advertirse en todo cuanto abarcaba la mirada errante.

De nuevo tornó hacia las teleras que enredilaban el rebaño su solitario guardián, y, al tornar, ya vió que por la carretera venían, cabalgando á mujeriegas sobre las cargadas burras, los piñeros de Monte Mayor y de la Fraila, camino de la Ciudad á donde llegarían muy bien entrado el día; ya vió avanzar, en la lontananza, otro rebaño pequeño que un zagalejo conducía; ya vió, de una casa de labor que en el confín de las tierras pedregosas alzaba sus blancos muros

y su tejado rojo, como salían gañanes con pares en direcciones distintas para seguir abarbecando rastros; ya vió venir también un carro de mulas cargado de ramera de pino de un pinarillo que se alcanzaba á divisar muy cerca de la orilla de las cuestas; ya vió en fin, la vida, las señales de la vida esteparia castellana, monótona, triste, grave, calurosa, solemne, que volvía como en los otros soles, como en los soles de siempre, que curtieron su rostro ennegreciéndole con su azote de fuego sobre el hálito frío con que le apergaminaron las nocturnas escarchas. A su espalda pió una alondra, que se elevó al poco rato cantando el día. En la torre de la Parroquia de Tudela se dejó oír la esquila que tocaba al alba, y luego, como si fueran sus ecos, sonaron las lenguas metálicas de unas campanitas vibrantes de la Parrilla y Traspinedo. El silencio magnífico del llano sin término, dejó llegar hasta allí, puras, claras, aquellas voces vibrantes de las esquilillas de las torres en el toque de la mañana.

Salió el Sol. El pastor hizo entonces, descubierto, la señal de la cruz sobre su frente; quitó las teleras y las amontonó en la linde; silbó á los perrillos, arreó el rebaño, desparramó las ovejas por las tierras amarillas del inmenso páramo.

Jesús de Cospedal



HOMENAJE

Nieva. Poco antes de oscurecer, las campanas de la iglesia han empezado á tocar á muerto. Por las calles desiertas y enlosadas van llegando las devotas acompañantes de todos los entierros, esas mujeres que llevan en el rostro la inalterable paz de su sabiduría: aprendieron ha tiempo la vanidad de todas las cosas, se sometieron á la áspera rudeza de su destino, y esperan pacíficas, esperan á la muerte tantas veces contemplada. Ahora es un niño de diez años el que se va.

Frente á una puerta van formándose grupos silenciosos. Ya espera el blanco ataúd sobre una mesa, entre dos luces de cera chisporroteantes y temblonas. Dos hombres van repartiendo velas; los chiquillos curiosean impacientes; en la lobreguez del carrejo de la casa fúnebre se escucha un llanto comprimido, unos consuelos frívolos dichos por insegura voz varonil. Y en una escampada de la cellina, cuando las campanas

han repetido sus clamores de desolación, llegan el párroco y su acompañamiento...

La comitiva se ha puesto en marcha. Cuatro mozos alegres han cogido en hombros la cajita blanca y florida que encierra el pobre cuerpo. Marchan delante, circunspectos y trabados, los niños de la escuela, y lleva uno de ellos á dos manos la cruz de la parroquia, quitado el ástil; luego los hombres con velas encendidas, en grupos; después el féretro; detrás, apiñadas, silabeando plegarias, las mujeres.

—*Auditui meo dabis gaudium et lætitiám, et exultabunt ossa humiliata...*

A la vuelta del camposanto nieva y es casi noche. Los vecinos hablan de sus cosas quedamente, sin olvidar al niño muerto. Al entrar en el pueblo, una nimiedad los asombra y los conmueve: la luz eléctrica se ha encendido á su hora; el electricista, el padre dolorido, no ha descuidado su trabajo. Tal vez, mientras el entierro, quiso aturdir su pena con la balumba de los volantes en la fábrica, engañar la hosquedad de su llanto con el resplandor de la luz nueva. Las gentes, al dispersarse en busca de sus techos, se han sentido invadidas por oleadas de respetuosa conmiseración, y han callado.

Más tarde, en todo el pueblo se habla del entierro, de la edad del niño, de sus últimas palabras que han cundido sin saber cómo... ¿De donde salió la idea? Fué acaso en una tiendecilla, junto al brasero y el gato rezongón, en una de esas tertulias apacibles en que se comentan los sucesos minúsculos de la vida del pueblo, y se juega á las cartas, y se lee en alta voz el periódico de la capital... Bien estaba «la consideración», pero habría que avisar á todos; ¿cómo iba á ser posible?... Quien quiso, recordó otras noches de invierno, de turbonada, de riada, en que el pueblo estuvo á obscuras... ¿Cómo avisar á todos?

Había que contar con los del café. Un viejo señor se calzó las albarcas, se embozó en la capa hasta las sienes y torció por la calle principal. En el café le recibieron con alguna extrañeza:

—¿Qué ocurre? ¿Cómo usted por aquí, don Agapito?—Y don Agapito ha tenido que sonreír y que toser tres veces, y ponerse colorado antes de llamar confidencialmente á un amigo y exponerle la idea:—Se les ocurrió á las mujeres, ¿sabe?, en casa de Juliana.

El amigo ha llamado la atención á los jugado-

res de dominó y de brisca, y les ha dicho lo que don Agapito no se atrevió á decirles. A algunos les ha parecido una cosa estupenda y han estado á punto de soltar una interjección. Pero todos han enmudecido, y lentamente han terminado sus partidos y pagado el gasto para irse.

Pero don Agapito quiere que le acompañen tres ó cuatro á la fábrica. Se embozan y salen. En las calles, al encontrarse con los amigos, les dan la consigna para que la extiendan. Una noche es una noche; al fin y al cabo, nadie tendrá que hacer tan urgentes que le impidan encender una vela.—Hombre. ¡Y yo que iba al café á proponerles á ustedes eso mismo!...

Frente á la fábrica el grupo se detiene sin atreverse á entrar. Don Agapito está cohibido y casi pesaroso de su viaje: no sabe lo que va á decir. Dudan, vacilan, se animan los unos á los otros.—Pero, ¿qué hacemos?... Vamos...

El electricista está echado de bruces sobre una mesa, sereno, con los ojos abiertos, rumiando su pena mansa. De la habitación próxima llega el vaho oloroso de la cena y, de vez en vez, en el silencio, unos suspiros.

—Pues usted nos dispensará, Felipe: comprendemos su situación... y... pues si usted no se ofende... eso es... al cabo de cuentas, otras noches nos hemos quedado sin luz... en fin, que por nosotros puede irse á cuidar de la mujer y dejar estos trastos... no es cosa de que en una noche así lo pase en claro como las demás... es bien triste.

Felipe, al cabo, se ha decidido á levantar la cabeza y á mirar á los comisionados. El mismo sorprende temblores en su voz al contestarles:

—Muchas gracias, se lo agradece con toda el alma, pero no... ¿para qué? Después de todo, es casi un recurso, una distracción el cuidar de la máquina. ¿Por qué se han molestado?

Al acabar está más sereno que los de la comisión. Estos insisten amistosos, sinceros; el padre vacila y por fin se somete lloriqueando.

—Pues salud para encomendarle á Dios.

—Era muy guapo el Antoñito.

—¡Y más travieso!...

Los cinco señores han salido gravemente de la estancia y, hasta llegar á la puerta, no han respirado con holgura. Las nubes plomizas se han rasgado y una luna semillena, limpia luna de enero, les da en el rostro y les hace mirar arriba... Esperan un rato, regocijados, satisfechos, sintiéndose hombres de bien. De pronto la luz de

las bombillas palidece en todas las esquinas, y se apaga.

Entonces parece que la luna alumbra más que antes.

Eduardo García Enterría



EL DIAMANTE

Las piedras preciosas eran consideradas en la antigüedad como el resumen de lo más perfecto de la naturaleza. Suponían que al formarse en el seno de la tierra, tomaban los elementos más puros de las aguas y los animales; y por su hermosura, eran producciones de incomparable pureza.

Estas opiniones eran consecuencia directa de los sistemas filosóficos admitidos en la antigüedad.

Según la filosofía india, el alma, cuando llega el momento de su separación del cuerpo, se reunirá, si está pura, con la grande alma universal, de la cual emana, y si está impura, sufrirá varias transmigraciones, animando animales ó plantas, ó bien quedando encarcelada en algún cuerpo mineral, hasta alcanzar la pureza necesaria, para ser digna del *mucti* de la absorción en la Divinidad.

Eran, pues, considerados los minerales como seres vivientes. Estas ideas pasaron de la India á Egipto, y llevadas á Grecia por Platón, Pitágoras y otros filósofos, reinando después, en la Edad media, por obra de los alquimistas.

El diamante fué considerado como la primera de las piedras preciosas. Platón suponía que era «la parte más noble y pura que se había condensado en una masa transparente».

El diamante es el emblema de la constancia, de la fuerza y de la inocencia. Se le atribuía antiguamente maravillosas virtudes contra la peste, los venenos, el insomnio y los encantamientos. También se llegó á atribuirle la propiedad de reproducirse (!) y á este efecto dice Ruens «que una princesa de Luxemburgo poseía diamantes hereditarios, que le producían otros en ciertos tiempos.»

Y basta de historia. Hoy sabemos que esta piedra preciosa de tanto valor y belleza es idéntica al carbón que se quema en nuestras cocinas, que se encuentra en grandes masas en las en-

trañas de la tierra y procede de la madera de los gigantescos árboles prehistóricos.

Davy fué el primero que demostró que el diamante era carbono cristalizado. La prueba era sencilla: se reducía á quemar un diamante, y al analizar el producto de la combustión se encontraba que no era más que gas carbónico, ese gas picante que tiene el agua de Seltz, y que se desprende de las bebidas espumosas, el cual no es más que una combinación del carbono con el oxígeno.

Es el diamante el más duro de todos los cuerpos, y por esta propiedad se le emplea industrialmente en las sondas que han de perforar rocas de bastante dureza. Se emplea también para cortar vidrio y engastado en un mango de forma especial, constituye una herramienta de uso muy corriente entre los vidrieros, pero el diamante por su brillo característico, por su considerable poder refringente y dispersivo y sobre todo por su escasez, tiene un valor extraordinario en joyería.


Se encuentran los diamantes en aluviones, que provienen de la disgregación de rocas, y para extraerlos se concentran las arenas diamantíferas, por lavados sucesivos, y luego se buscan á mano en el residuo.

Generalmente son incoloros y transparentes, pero también se encuentran coloreados y á veces negros. Los de color rosado son muy estimados y alcanzan mayor precio que los incoloros.

El diamante mayor que se conoce pertenece al «rajah» de Borneo y pesa 367 quilates. Merecen citarse el Gran Mogol, el Regente de la corona de Francia, el Florentino del emperador de Austria, el Sancy, la Estrella Polar, la Estrella del Sur y el Kohinoor.

Otro día te hablaré, amable lector, de los trabajos encaminados á resolver el problema de la fabricación artificial del diamante.

José Hacar



FLORES MARCHITAS

¡Sueño de amor, aspiración de mi alma!
Ilusión de un momento ya perdida
que me robó tranquilidad y calma
en los mejores años de mi vida.

¡Quién pudiera volver á aquellos días
de paz y de ventura!

¡quién pudiera en sus santas alegrías
olvidar el dolor y la amargura!

Jardín de bellas y lucientes flores
nacidas con mi infancia
ya no tenéis aromas ni colores
perdisteis la frescura y la fragancia.

Sobre la losa fría
que cubra de mi cuerpo los despojos,
nunca vendrá á llorar la que decía
que mucho me quería
mientras miraban sin amor sus ojos.

Nunca se acordará de mi cariño,
gozará del placer con ansia loca
y si á mí me engañó siendo muy niño,
también al hombre engañará su boca.

¡Qué triste es la canción de mis amores!
¡cuánto por ellos lloro!
¡cómo cambian mis dichas en dolores
perdida la ilusión que tanto adoro!

¿Cuándo descansaré bajo una tierra
por todos olvidada
y esta tortura que mi pecho encierra
perdida ya en la nada,
al correr con mi vida hacia su ocaso
no deje ni un recuerdo de su paso?

Sigue luciendo tu gentil figura,
ingrata que yo adoro.
¡tú me quitas la vida y la ventura!
y aún deseo quererte y por tí, lloro!.

Ya llegará el castigo de tus daños,
ya vendrán para tí los desconsuelos,
las penas y los tristes desengaños,
mi recuerdo está aquí; Dios en los Cielos!

¡Mientras tanto prosigue en tu abandono
yo nunca podré odiarte, te perdono!

Esteban Calle é Iturrino

Santander 4 febrero de 1911

EL ANIMAL DE CONSTANCIA

Quizá por egoísmo, suprema razón de los célibes para no doblar su cuello á la coyunda matrimonial, ó ya por otras causas no puestas en claro, cuando no por todas juntas, lo cierto es que Constancia, cuya parentela era escasa y lejana, vivía en un sotabanco sin más compañía que el *Morito*, un gato negro, á quien recogió, al salir de la fábrica, en una noche tormentosa y fría.

Porque Constancia era cigarrera, de las del cuño antiguo, pregonándolo en sus ademanes, en sus frases y tocado, del cual venía

á «formar parte» aquella cestita valenciana que sólo abandonaba para acostarse. Ver á Constancia sin tal «apéndice» era como ver una pasiega sin cuévano, un aldeano sin paraguas, un caracol sin *casa*, con la diferencia de hallarse la casa de Constancia puesta al costado del inquilino.

Este solo patrimonio y la compañía del *Morito* serían lo bastante para la felicidad de la cigarrera, de no contar ésta con otro huésped molesto, un padecimiento cuyos efectos se le extendían por todo el organismo, al cual estado morboso no sabiendo cómo nombrarle, le había bautizado con este expresivo mote: *su animal*.

Tanta fortuna hizo el apodo y tan rápida, que al mentarse de allí en adelante entre los vecinos «de la escalera», cuando la ocasión lo pedía, la salud de la pobre mujer, invariablemente decían: *el animal de Constancia*.

Y las mamás para acallar á los niños llorones, y las zagalas para quitarles sus caprichos y rabiets, buscando por tal medio el estar más descuidadas, acudían siempre, vista la ineficacia de otras, á esta amenaza salvadora.

¡Qué viene el animal de Constancia!, lo que les hacía cobrar miedo y aquietarse.

No fué la que menos participó del espanto que infundía aquel grito aterrador, Pepita, la niña del «cuarto», á pesar de ser su mamá opuesta al uso de tales procedimientos y haber prohibido su empleo; pero era tan desobediente y mañosa la niña, y subía tan de punto algunas veces su terquedad, que la amenaza, única corrección que surtía efecto, llegaba á hacerse necesaria.

Así sucedió un día en que ama y criada, se hallaban arreglando un gabinete. Pepita, como si tuviera el diablo en el cuerpo, se puso insoportable; hasta llegó á pegar á Crisanta, su criada predilecta. La mamá perdió, al fin, la paciencia y con ademán airado dijo á la niña:

—Ya que te empeñas, llamaremos al animal de Constancia para que te lleve.

Y abrió la puerta del gabinete, empujando al mismo tiempo á Pepita para que saliera...

¿Qué pasó entonces? La propia señora se quedó perpleja, no sabiendo, por lo pronto, qué decir ni qué hacer. La niña, muerta de miedo, corrió, presurosa y dando gritos, á

refugiarse en las faldas de la madre. Una cosa negra llevando otra más pequeña blanca al parecer, había penetrado rápidamente en la habitación, metiéndose debajo de la cama. Minutos después apareció Constancia, agitada y nerviosa, esgrimiendo una escoba á guisa de arma de combate.

—Disimule, señorita—dijo, entre aturdida y sofocada, antes que nadie la preguntara y omitiendo el ordinario saludo—pero hoy que el *animal* parecía haberme dao un poco de descanso, me encuentro con que otro me lo quita. ¡Si le digo á usted! ¡Hija, quién lo pensara! De «modo y manera» es que no puede usted fiarse de la camisa que lleva puesta. Crea usted que el mundo está hecho un buey y no hay quien lo coma. Porque verá usted, señorita: al entrar ayer en la fábrica me dice la maestra de mi *taller*, que por cierto ya no es la que «era» sino mucho mejor, pues la que había tenía un genio y un mirar que cuando se fijaba en «una» hija ¡ni que le clavarán á usted un par de *anfilerones*! Ello es que me dijo, dice: ¡Vaya un tocino que tiene ahora el señor Indalecio! ¡La digo á usted que es riquísimo!... ¿Qué usted no conoce al señor Indalecio?... ¡Toma, pues sino hay otra cosa más *sonada*! ¡Y poca *vara alta* que tiene en Madrí, hija! Como que «entra» en Palacio cuando va á la Corte. ¡No ve usted que la nieta de una sobrina de él está casada con el mismísimo que hace la cama al Rey! De modo que ya usted ve...

El relato de Constancia se habría hecho interminable, de no cortar por lo sano. Sepa, pues, el lector, si muestra interés en saberlo que entre las provisiones de «boca» contenidas en la cesta de marras había una tajada de tocino; que el *Morito* olió la tajada; que aquel día redobló para con su ama, sin que ésta se percatase de la intención, los arrumacos y carantoñas, hasta el extremo de precederla en todos sus movimientos con el rabito en alto y el andar grave y pausado de un maestro de ceremonias; y, por último, que él, habilmente parco y comedido en sus yantares y un si es no es melindroso, aprovechando un descuidillo de la buena mujer ¡zas! *arrampló* con la tajada, á estilo de gañán, y corrió á ampararse del primer escondrijo para allí, sobre seguro, devorar tranquilamente el fruto de su rapiña.

Aquel día era, sin duda, el destinado á los descuidos, porque hallando el gato abierta la puerta principal, tomó escaleras abajo, colándose en el piso inmediato. Detalle que pone en claro la aparición de aquella cosa blanca seguida de otra negra que tanto impresionó á Pepita.

Hacer el mal no implica entendimiento, saber ocultarle requiere ingenio imprevisor; y ya sea por el sonido que producían las dentelladas del gato ó bien porque la Crisanta, poco asustadiza, se dispusiera á atacarle, Constancia, dudosa de la presencia en aquel sitio del felino, cuando se convenció de ello, comenzó á pincharle sañudamente y hasta hacerle salir acompañando á la acción estas palabras:

—¡Ladrón, más que ladrón! ¡Que bien que ahora te entrara la trichina, eh! ¡No podías haber esperao á que se cociera, tragón. ¡Ojalá reventaras! ¡Ya te daré yo, ya! ¡Permita Dios que se te vuelva *solimán* de lo fino á ver si te quedas más *chumpao* que el espino de Santa Lucía! ¡Lás... tima!...

Y como al salir el *Morito* obligado por tan terrible acoso, intentara su ama descargarle un escobazo, el golpe fué á parar al moño de la Crisanta, derribándole.

Esta nota festiva hizo cambiar de aspecto la escena, echándolo todos á risa.

Picose la cigarrera y salió haciendo *fu* como el gato, armando, al perseguirle, gran estrépito y algarabía...

Al recobrar Adelita la calma, díjola su mamá: ¿Serás buena y obediente?

—Si mamuca.

—¿En adelante harás mañas?

—No mamaíta, no.

—Es que, de lo contrario, ya sabes... enseguida viene...

—¿Qué, el animal de Constancia? replicó la niña con viveza; ya no le tengo miedo.

—¿Y porqué? insistió la mamá, en la duda de si lo dicho por la niña era verdad.

—*Po* que si viene le damos *tosino*, eh; *cudo*, eh, *pa* que se quede como el espino de Santa Lucía.

J. M. Cagiga

Necesitamos en el gobierno «impersonales»: Bismarcks inertos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismarck.

Joaquín Costa

NOTAS SUELTAS

Varios apreciables suscriptores á nuestra REVISTA, y algunos que lo son también al "Hogar y la Moda", nos han escrito quejándose de la incompleta recepción de los números correspondientes á distintas fechas de ambas publicaciones. Nosotros, que vivimos del público y al público debemos la prosperidad y continuo éxito de nuestra REVISTA, somos los primeros en lamentar los descuidos.

Los lisonjeros éxitos obtenidos por REVISTA CÁNTABRA en cuantos números lleva publicados en el año actual, y el haberse agotado, casi totalmente, la mayor parte de sus considerables ediciones, nos impiden hacer un ofrecimiento terminante de suministro inmediato de los números no recibidos por nuestros suscriptores.

Sin embargo, en nuestro deseo de dejar complacidos á todos prometemos atender absolutamente todas cuantas quejas se nos dirijan, suministrando, gratuitamente á nuestros suscriptores, los números de REVISTA CÁNTABRA, y el "Hogar y la Moda" correspondientes á las ediciones publicadas en el año actual, que hayan dejado de recibir.

Quizá esto nos prive de guardar las 8 ó 10 colecciones que archivamos, pero al público nos debemos, y justo es que le sirvamos puesto que de él vivimos.

Así, pues, suplicamos á cuantos de nuestros suscriptores no hayan recibido algún número de la REVISTA CÁNTABRA ó el "Hogar y la Moda" correspondiente á los publicados en el presente año, se sirvan notificárnoslo, enviando nota á nuestra redacción, Santa Clara, 8 y 10, primero, nuevo domicilio que tenemos mucho gusto en ofrecer á todos.

Nuestro distinguido amigo don Manuel Alonso Fernández, auxiliar vista de dicha Aduana, ha sido trasladado, por ascenso, á la de Bielsa.

Para esta Aduana salió el día 14, acompañado de su distinguida señora.

Coincidiendo con la publicación de nuestro número anterior, se celebró un baile en los magníficos salones del Círculo de Recreo. Aquella coincidencia impidió que diéramos más oportunamente la noticia de la fiesta.

A ella asistió lo más florido de nuestra juventud femenina: María Luisa y Fifi Hevia, Anita Lavín, Elisa Casanueva, Concha García, Rosario Abarca, Anita Huidobro, Teresa Breñosa, Carmen Rivero, Nieves y Manolita Mowinkel, María Agüero, Consuelo Domenge, Pepita Campos, Carmen, Elisa y Camila Avendaño, Petronila y Luisa Escalante, Rita Vial, Rita Celis, Adela Secades, Rafaela Quijano, Marina Pedraja, María Castanedo y señoritas de Ruiz Merás, de Maortúa y de Fuentes, hijas éstas del señor gobernador civil.

También asistieron las señoras de García de Quintanilla, de Mowinkel, de Castanedo, de Vial, de Hevia, de Quijano, de Pedraja, de Lavín Casalís (don Ramón), de Campos Guereta, señora del gobernador civil señor Fuentes, de Merás, y señoras viudas de Secades, de Avendaño y de Domenge.

En agradable discreto y con el encanto del baile y de la buena música, se pasaron unas horas felices.

Ha fallecido en Torrelavega el caballeroso señor don Bonifacio Gutiérrez y Ruiz Samaria, persona que gozaba en aquella ciudad de generales simpatías.

Han llegado á esta capital el capitán de la marina mercante don Juan Coll y su joven y bella esposa.

Hállase enfermo el industrial don Román Becedóniz, padre de nuestro particular amigo el ilustrado médico don Julio.

De todas veras deseamos el alivio del enfermo.

A Veguilla de Soba regresó la distinguida joven María de la Paz Fernández Sáiz, que ha pasado una temporada en esta ciudad.

Procedente de Bilbao ha estado en esta capital el acaudalado naviero y hombre de negocios don Santiago Portillo.

Procedente de Avilés, donde tiene fijada su residencia, ha llegado á esta capital el distinguido joven don Oscar Ferreira.

Ha sido nombrado director del Instituto general y Técnico, el ilustrado catedrático de Latín don Víctor Fernández Llera.

El distinguido profesor ha recibido muchas felicitaciones, á las que REVISTA CÁNTABRA une la suya cordial y sincera.

Ha regresado de Valladolid, acompañando á su esposa ya restablecida de la enfermedad que padecía, el conocido comerciante don Francisco Palacio,

Ha salido para Burgos el distinguido joven don Juan Manuel Orbe, que va á tomar posesión en la Capitanía general de aquella capital del cargo de Teniente auditor.

El señor Orbe desempeñó hasta hace poco el cargo de juez municipal del distrito del Oeste de esta capital y se propone ejercer la abogacía ante los Tribunales de Burgos.

En compañía del señor Orbe marchó también su compañero del Cuerpo Jurídico el cultísimo joven don Agustín Salmerón, que desde Burgos se dirigirá á Madrid, á cuya Capitanía general ha sido recientemente trasladado.

Se encuentra enfermo en Madrid nuestro querido amigo y colaborador don Arturo Cuyas.

Ha salido para Madrid y Andalucía el joven Ingeniero industrial, nuestro estimado amigo é ilustrado colaborador don Alfredo Liaño.

Salió para Valladolid la respetable señora doña Dolores Carmona, acompañada de su bella hija Lola.

Anuncio en el interior de los tranvías eléctricos.— Más de TRES MILLONES de viajeros leen estos anuncios durante un año.

Anunciadora OPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Todo negocio es bueno si se anuncia mucho.

Imprenta de J. Martínez.—San Francisco, 15.—Santander

CORCHO HIJOS SANTANDER

MAQUINARIA, CALDERERÍA, FUNDICIÓN, BOMBAS.—REPARACIÓN DE BUQUES.—COCINAS, BAÑERAS Y LAVABOS.—PRESUPUESTOS Y CATÁLOGOS GRATIS.

Salón Exposición en Madrid: Calle de Recoletos, 5

LA APARECIDA

FÁBRICA DE GALLETAS Y ROSQUILLAS

DE

JULIO OBESO GARCIA

PUENTE, 16

REINOSA

Galletas especiales para chocolate, té y café. Selectas rosquillas de Reinosa. Envíos y muestras á todas partes. Descuentos según los pedidos.

GRAN SASTRERÍA

DE

JULIÁN SÁNCHEZ

Se recomienda por su esmerada confección y y sus precios sin competencia.

Lealtad, 2, principal.—SANTANDER

ALFREDO RIVERO

SOMBRERERÍA

Gran surtido en los artículos del ramo

Plaza de la Constitución, 4

DESPACHO DE CARNES

HIJOS DE J. ARPIDE

Abastecedores de la Compañía Trasatlántica

Mercado de la Esperanza, 21.

EL FIEL CONTRASTE

CORTABITARTE Y QUEVEDO

Gran almacén de ultramarinos y ferretería

Despacho: San José, 25, Astillero (Santander)

AZULEJOS — CEMENTOS PORTLAND — CAL HIDRÁULICA
Y OTROS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

JOAQUIN MADRAZO Y C. A Frente á la estación de los
Ferrocarriles de la Costa

Teléfonos números 61 y 73

RESTAURANT "EL CÁNTABRICO"

DE

Pedro Gómez Hernández

Hernán Cortés, 9. — SANTANDER

Es el mejor de la población.— Comida francesa y española.— Servicio á la carta y por cubiertos.— Servicio especial para bodas y banquetes dentro y fuera de la ciudad y á precios muy económicos.— Hay habitaciones para los señores viajeros.

LIBRERÍA MODERNA DE MARIANO ALVIRA

Ámós de Escalante, número 10
SANTANDER

Surtido de obras españolas y extranjeras. Centro de suscripciones á todos los periódicos y revistas. Tarjetas postales de fantasía y vistas de Santander y toda su región.

Servicio de encargos con rapidez

Corsé "ENS" Patente (brevet) n.º 47171



Unico corsé estético que, reuniendo todas las condiciones higiénicas, sostiene el abdomen sin comprimir los órganos del aparato respiratorio.

Es el más elegante y perfeccionado.— Unico representante en Santander: Santos Capa — San Francisco, 3.

✿ FARMACIA DE LA ALAMEDA ✿

A. LLOREN MAZO

* Aguas minerales. * Productos químicos. * Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras. * Ortopedia, etc., etc. * * * * *

Alameda 1.ª, 6 y 8.—SANTANDER

Ramírez y J. Oruña

(SUCESORES DE J. CORREA)

Primera casa en objetos de arte para regalos.— Camisería de lujo, guantes, géneros de punto.—Perfumería, abanicos, paraguas, bastones, corbatas, impermeables.— Completo surtido en artículos de piel y viaje de la más alta novedad.— Casa exclusiva para la venta del tan acreditado Aceite vegetal mexicano para volver el pelo á su primitivo color, y la maravillosa crema de almendras americana para el rostro, las manos, el cutis y la tez.

San Francisco, 11. - Teléfono 158. - SANTANDER

CAFÉ RESTAURANT DEL "ÁNCORA"

HIJOS DE VICENTE GUTIÉRREZ

Muelle, número 5. — SANTANDER

Casa de primer orden.— Servicio á la carta y por cubiertos.— Especialidad para bodas y banquetes con servicio especial.— Gran terraza en los meses estivales.— Conciertos por reputados artistas.— Helados.— Teléfono número 181.

MALA REAL INGLESA

SERVICIO MENSUAL  DE VAPORES

Próximas salidas de Santander

PARA MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

saldrá de Santander el día 21 de febrero el magnífico vapor

POTARO

admitiendo carga y pasajeros de primera y segunda clase

Precio en tercera clase, 220 pesetas

El servicio corre á cargo de un escogido personal español de camareros y cocineros, con órdenes de atender esmeradamente al pasaje.

Para toda clase de informes dirigirse en Santander á Luis Maruri, Muelle, 31 quien los facilitará gratuitamente.

LA ECONÓMICA

FÁBRICA DE HARINAS Y PAN

Molnedo, número 9

Venta de cebada, maíz y demás cereales y subproductos de la molinería

— O — **CRAN FÁBRICA** — O —

DE

CHOCOLATES DE AGUIRRE



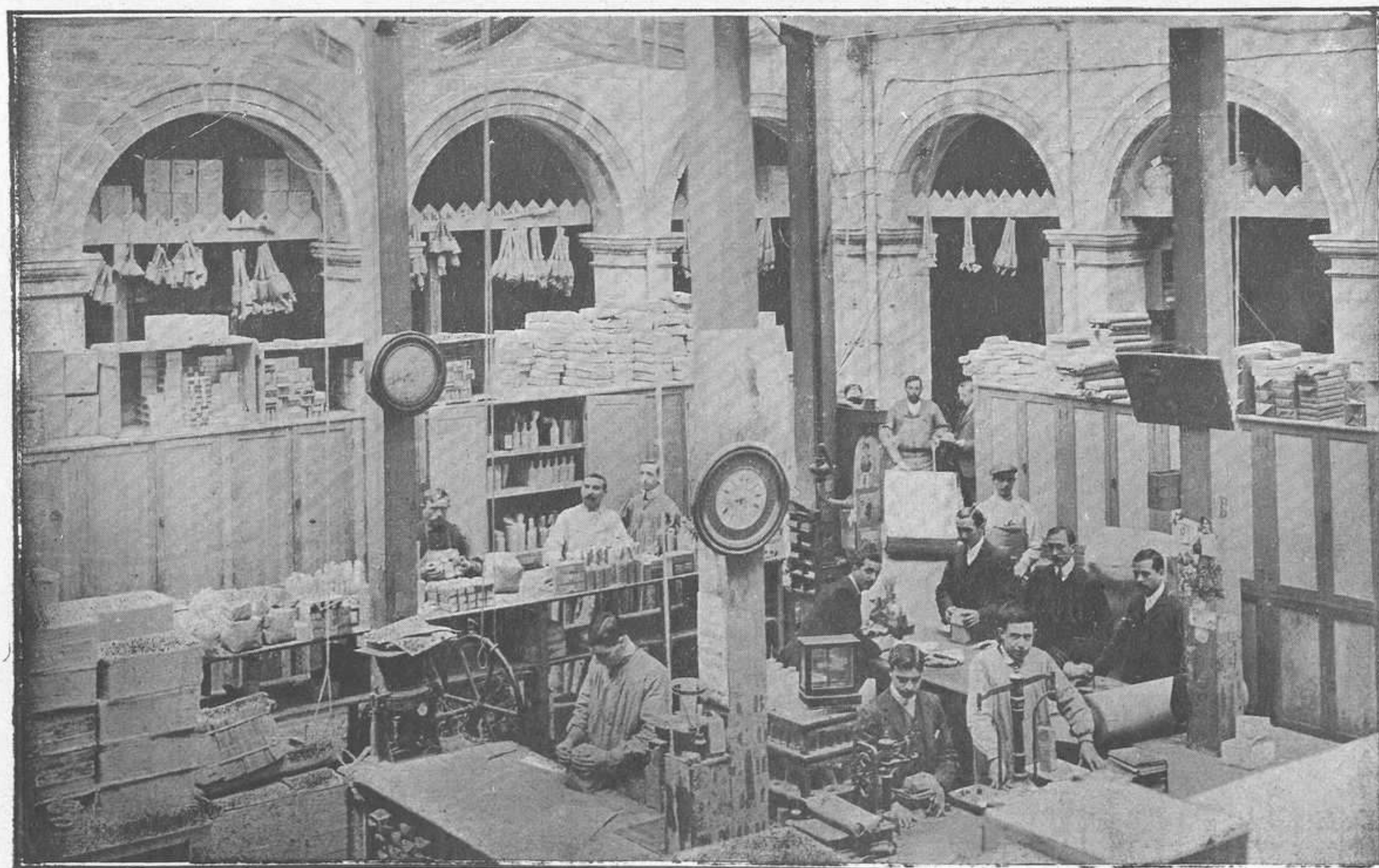
Depósito: Artecalle, número 50.—BILBAO

COLEGIO "SAN ANTONIO"

Colosía, 1.—SANTANDER

Primera enseñanza graduada.—Preparación para el Magisterio.—Clases especiales para señoritas.—Clases de adorno, Francés, Dibujo, Pintura, Música.

Director: DON GREGORIO GONZÁLEZ, Maestro Superior



PEREZ DEL MOLINO Y COMPAÑÍA.—Droguería y Perfumería

EXPORTACIÓN Á TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

Ladislao del Barrio

Méndez Núñez, núm. 20

** SANTANDER **

EL REY DE LOS
CEMENTOS**CEMENTO PORTLAND, EXTRA ÁGUILA**EL REY DE LOS
CEMENTOSCAL HIDRÁULICA SUPERIOR DE ZUMAYA * INODOROS * BAÑERAS
YESOS * ESTUFAS * AZULEJOS * BALDOSAS * PRODUCTOS REFRACTARIOS

Méndez Núñez, 20. — SANTANDER

Manuel Arce Palacios.—Almacén de garbanzos, alubias de Herrera de varias clases, arroces, lentejas y demás legumbres.—Pimentón molido y frutas secas.—Plaza de la Libertad, 2, Arcos de Botín.

Reigadas, Sánchez y Comp.^a—Ribera, 7 y 8, Santander.—Ferretería, quincalla y herramientas de todas clases para artes y oficios.

Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander.—Prado de Tantín.—Préstamos sobre alhajas, ropas, valores, créditos, hipotecas y sueldos.—Horas de oficina: de 9 á 1 y de 3 á 7.

Hotel Restaurant El Antiguo.—Calle de Bidebarrieta, Bilbao.—Menú á 5 pesetas, con vino ordinario, sopa, aperitivos surtidos, cuatro platos, repostería, postre surtido.—Un plato menos, 4 pesetas.—Se eligen los platos de la nutrida y variada carta diaria.—Confortables habitaciones desde 3 pesetas.—Hospedaje desde 10 pesetas.

La Zapita.—Lechería, proveedora del Sanatorio de Mardrazo.—Martillo, 2.

Compañía Santanderina de Navegación.—Muelle, 30.—Santander.—Servicio de transporte de ganados de Rotterdam á Santander.

El Nuevo Attilio.—Gran restaurant y casa de viajeros de Pablo é Isaac Benito.—Grandes reformas en los comedores; servicio esmerado, á la carta y por cubiertos; habitaciones confortables; cocina francesa y española.—Precios económicos.—Puente, 18 (al lado de la Librería Católic), Santander.

Despacho de carnes.—Restituto Pardo.—Plaza Nueva, número 65.—Se sirve á domicilio.

Andrés Galarreta.—Taller de Encuadernación y libros rayados de comercio.—Plaza de la Aduana, esquina á la del Príncipe.

Ferretería.—Herramientas para toda clase de Artes, Minas y Agricultura.—Utensilios de casa y mesa.—Ubierna y Fernández.—San Francisco, 14.—Santander.

La Compañía de Maderas.—Muelle de Maliaño.—Santander, Bilbao, Madrid.—Importación de maderas de pino del Norte de América y Francia.—Talleres de sierra mecánica y construcción de cajas para envases.—Jambas, molduras y virutilla de madera para empaquetar.

Motores, Dinamos, Transformadores.—Calefacción de edificios por vapor á baja presión.—Talleres: Mardrazo y M. Guitián (S. en C.)—Santa Clara, 11.—Teléfono número 216.

Anuncio en azulejo esmaltado.—El más llamativo. El más elegante. El más duradero. El más perfecto.—Anunciadora ÓPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

MÉDICOS

Especialista en partos y enfermedades de la mujer.—Dr. Herrera Oria.—Muelle, 7 y 8, 2.º

Especialista en las enfermedades de la garganta, nariz y oídos.—Dr. Santiuste Buega.—Wad-Ras, 5, 1.º

PROCURADOR

Emilio López Bisbal.—Abogado, Procurador de los Tribunales.—Wad-Ras, 3, 2.º

DESPACHO DE CARNES

DE

FERNANDO SANTOS

Plaza del Este, núm. 67

Se sirve á domicilio á quien lo solicite

DESPACHO DE CARNES

DE

MANUEL FERNÁNDEZ

Plaza del Este, números 15 y 16

Especialidad en carne de vaca y ternera.
Se sirve á domicilio.

DESTILERIA Y BODEGAS "SANTA MARINA"
PROPIETARIO
BALDOMERO UDAÑA. — Udalla (Santander)

PEDID EN TODAS PARTES
ANÍS UDALLA * ES EL MÁS RICO É HIGIÉNICO
DE LOS CONOCIDOS *

PARA DETALLES
JULIO PALACIOS = «LA MAR» = SANTANDER

PEDID
La Perra Gorda



Caja: 10 céntimos

VIUDA DE EGUÍA

CASA FUNDADA EL AÑO 1844

Confitería y repostería. — Elaboración especial de chocolates. — Gran fábrica de velas de cera. — Ceras puras procedentes de Egipto y Andalucía.

Fábrica: Plaza de la Esperanza, 5

Despacho: Calle de Atarazanas, 13

SANTANDER

*Enfermos del estómago é intestinos,
tomad siempre el*

AGUA DE



HOZNAYO



— LA MEJOR —

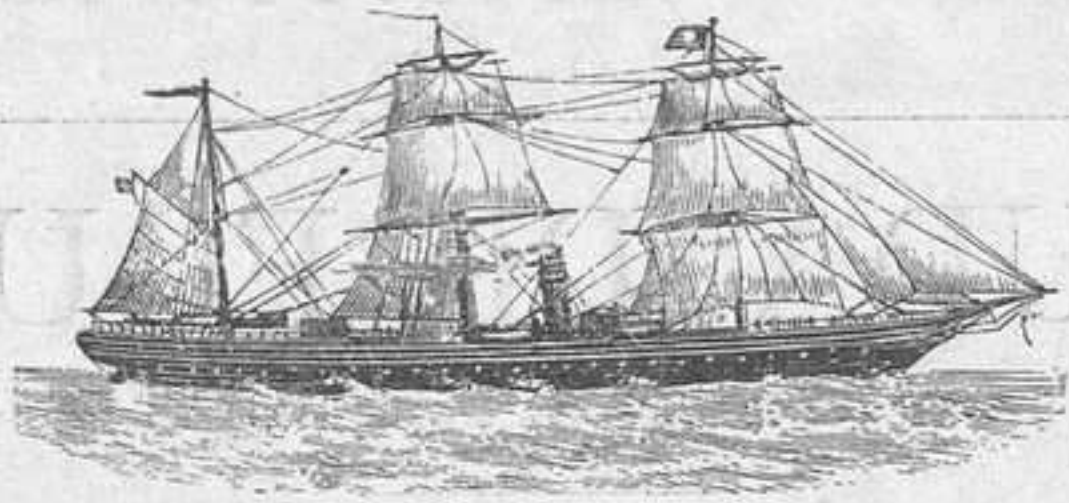
AGUA DE MESA

GRAN SALON DE PELUQUERÍA

Boulevard de Pereda, 16.—SANTANDER

AL LADO DE LA CONFITERÍA GADITANA

SERVICIO ESMERADO



VAPORES CORREOS
DE LA
COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA

Servicio mensual regular el día 20 de cada mes

ENTRE
SANTANDER, HABANA Y VERACRUZ

PARA INFORMES
Hijos de Angel Pérez y Comp.^a
Muelle, 36.—SANTANDER

CHOCOLATES

“LA MONTAÑESA”

ASTILLERO (SANTANDER)

Despacho en Santander: Muelle, 7 y 8
Thés y cafés superiores, Bombones, Napolitanas

PEDID EN TODAS PARTES

LOS EXQUISITOS VINOS DEL

Marqués del Mérito

Especialidad en Jerez y Cognacs

PIANOS ERARD * * * * *

* * * * * **LOS MEJORES DEL MUNDO**

Representación y depósito exclusivo en España

* * **CASA DOTESIO** * *

Wad Ras, 7 (Plaza de Pombo) **SANTANDER**

* * * * * Música de todas las ediciones. * * Instrumentos
para bandas y orquestas. * * Pianos de las mejores mar-
cas. * * Armoniums para capillas. * * * * *